sus enemigos. Por lo cual muchos caen enfermos (1), y se debilitan y aun mueren desastradamente; y así por no hacer tal injuria á cuerpo tan venerable, he de procurar asistir á este convite como los apóstoles, con cuerpo y con espíritu, con atencion, reverencia y devocion, reparando en lo que Cristo nuestro Señor hace por mí, y en lo que yo voy á hacer cuando le recibo, apartando el corazon, no solamente de las cosas malas, sino de otros negocios diversos, atendiendo, como dice el Sabio, con diligencia á mirar lo que me ponen delante (2).

MEDITACION XI

DE LA MARAVILLOSA CONVERSION QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO DEL PAN EN SU CUERPO, Y DEL MODO CÓMO ÉL Y LOS APÓSTOLES COMULGARON

PUNTO PRIMERO

En la institucion del santísimo Sacramento mostró Cristo: 1. Su infinita sabiduría.—2. Su omnipotencia.—3. Su bondad y caridad.—4. Su celo ferventísimo.

Lo primero, se ha de considerar, cómo estando Cristo nuestro Señor sentado en la mesa, tomó en sus benditas manos un pan de los que allí estaban, y diciendo estas palabras: *Este es mi cuerpo* (3), en virtud de ellas mudó la sustancia del pan en su santísimo Cuerpo. De suerte, que lo que al principio de las palabras era verdadero pan, en el instante

(1) 1 Cor. XI, 30.—(2) Prov. XXIII, 1.
(3) Matth. XXVI, 26, Marc. XIV, 22, Luc. XXII, 19.

que las acabó, se convirtió en su verdadero cuerpo, cubierto con los accidentes exteriores del pan.

Sobre esta verdad de nuestra fe, tengo de ponderar las infinitas grandezas que Cristo nuestro Señor descubrió en esta obra, en especial su infinita sabiduría, omnipotencia, bondad y caridad.

1. La sabiduría descubrió en inventar un modo tan inefable de comunicarse á los hombres, y darles sustento de vida, el cual modo sólo Dios con su saber infinito pudo alcanzar; y así como la sabiduría de Dios resplandeció en la encarnacion, hallando modo como juntar cosas tan extremas, como son Dios y hombre, en unidad de persona para nuestro remedio, así en este misterio de la Eucaristía resplandece en haber hallado modo como juntar á Dios hecho hombre, con especies y accidentes de pan y vino, en un Sacramento para nuestro sustento. De donde sacaré afectos de admiracion, gozo y alabanza, gozándome de tener un Dios tan sabio, y alabándole por estas invenciones de su sabiduría y rindiendo mi juicio con actos de fe á lo que inventó con ella; pues no es mucho que el infinitamente sabio sepa hacer lo que yo no alcanzo á entender. Oh sapientísimo Jesus, *en quien están depositados los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios* (1); dame alguna parte de ellos, para que sepa conocer y estimar esta merced, y darte las gracias debidas por ella.

2. Lo segundo, resplandece aquí la omnipotencia de Cristo nuestro Señor, en que con una sola palabra, en un momento hace innumerables milagros, así en el pan, como en su mismo cuerpo, para amasarlos y juntarlos para nuestro sustento; porque

(1) Colos. II, 3.

en un instante muda y convierte la sustancia del pan en su cuerpo, quedándose solos los accidentes del pan para encubrirle; y le dispone de tal manera, que todo él está debajo de una cantidad muy pequeña de una hostia: de modo, que todo está en toda y en cada parte de ella, sin que se divida el cuerpo, aunque se divida la hostia. Todo lo cual tengo de creer con viva fe, pues basta ser Dios omnipotente, para creer que lo pudo hacer y que lo hizo, pues lo dijo. ¡Oh grandeza de la omnipotencia de Cristo! ¿qué es esto que haceis, omnipotentísimo Salvador? ¿Para sustentar á un vil gusanillo, trastornais el órden de la naturaleza, guisando con nuevo modo la disposicion de vuestro cuerpo, para acomodarle á la pequeñez de vuestro esclavo? Bendita sea vuestra omnipotencia, por la cual os suplico me troqueis en otro varon, para que goce el fruto de ella.

3. Lo tercero, se descubre aquí la infinita bondad y caridad de Cristo nuestro Señor con las mayores muestras que pudo dar de ella para nuestro sustento. Porque así como el Padre Eterno mostró su bondad y caridad en dar al mundo para su remedio la cosa más preciosa que tenia, que era su Hijo (1), y con él nos dió todas las cosas para que fuese copiosa nuestra redencion (2); así el Hijo de Dios mostró su bondad y caridad en darnos para nuestro sustento la cosa más preciosa que tenia, que era á sí mismo y su precioso cuerpo, con todo cuanto dentro de él estaba; como si un rey tuviese un cofre muy rico, lleno de grandes tesoros de oro y plata, perlas y joyas de inestimable valor, y dijese á uno: Toma este cofre para ti, dándole el cofre, le da cuanto está dentro de él; así nuestro soberano Rey, dándonos su cuerpo y carne santísima, nos da tambien su sangre, su alma, su divinidad, y los tesoros de sus merecimientos y satisfacciones, para que gocemos de ellas, queriendo estar siempre con nosotros, y ser nuestro compañero, nuestro convite y regalador perpétuo. Oh Amado mio, ¿con qué podré responder á tanta bondad y caridad, como mostrais en este Sacramento? Vos me dais lo mejor que teneis, yo os quiero dar lo mejor que tengo; Vos me dais a Vos mismo, y á todas vuestras cosas, veis aquí os ofrezco á mí mismo, y á todas mis cosas, mi cuerpo y mi alma, mi sangre y mi vida, y cuanto puedo tener ofrezco á vuestro servicio. Ayudadme para que cumpla lo que deseo, en agradecimiento de lo mucho que por esta merced os debo.

(1) Ioan. III, 16. — (2) Rom. VIII, 32.

4. Finalmente, aquí resplandece el celo ferventísimo que tuvo Cristo nuestro Señor de nuestra salvacion, inventando tal medio para aplicarnos él mismo los frutos de su pasion; de suerte, que pueda ya decir: *El celo de tu casa me comió* (1); no solamente me comió y consumió la honra, hacienda y vida, sino me hizo comedero, y que me dejase comer por dar salud y vida á los que moran en mi casa. Oh dulce Jesus, gracias te doy por este celo tan encendido que tienes de la casa de tu Padre, que es tu Iglesia; y pues tambien mi alma es casa tuya, por la cual te haces manjar para mi sustento, concédeme tan ferviente celo de tu gloria, que me deje comer y deshacer en razon de volver por ella.

(1) Ps. LXVIII, 10.

PUNTO SEGUNDO

1. El amor de Cristo quiso sustentarnos regaladamente, con la presencia real y verdadera de su cuerpo sacratísimo en el Sacramento.—2. El cuerpo de Cristo está todo entero y perfecto en el Sacramento.—3. Cristo nos da á entender en sus palabras, que dió á sus apóstoles el mismo cuerpo que habia de morir por nosotros.

Lo segundo, consideraré las grandezas misteriosas que se encierran en las palabras que Cristo nuestro Señor dijo consagrando el pan. San Lúcas refiere que dijo: *Este es mi cuerpo, que se da por vosotros* (1). Y San Pablo dice: *Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros* (2).

1. Lo primero, se ha de ponderar, que no dijo: Este es figura ó representacion de mi cuerpo, sino es mi cuerpo real y verdadero, para declarar la presencia real de su cuerpo santísimo, y dar muestras excelentísimas de su misericordia y providencia paternal; porque en realidad de verdad, para lo que es santificarnos y sustentarnos espiritualmente, bastara que este Sacramento fuera puro pan, en cuanto representaba á Cristo, así como agua pura en el bautismo nos lava y santifica; pero la infinita caridad de Cristo no se contentó con esto, sino quiso él mismo por su propio cuerpo y por su propia persona, estar en este Sacramento y santificarnos (3), para manifestacion del amor que nos tenia y del cuidado con que tomaba nuestro regalo y sustento; porque lo que uno hace por sí mismo, hácelo con mayor amor, con más compasion y con más diligencia y providencia; como la madre que estima mucho y ama á su hijo, y por esto no consiente que otra ama le crie, ni quiere que sea sustentado con leche ajena, sino ella misma le cria con leche de sus pechos, y se los da muy tierna y amorosamente, y con muy gran cuidado y compasion de su necesidad. ¡Oh Padre amantísimo! ¡Oh Madre y ama nuestra piadosísima, ¿cómo no me deshago en servirte con amor, haciendo por ti, lo que tú haces por mí? No me quiero contentar de hoy más con hacer lo que tú me mandas para cumplir tus preceptos, sino con hacerlo de tal modo, que cumpla perfectísimamente tus consejos.

(1) Luc. XXII, 19.—(2) I Cor. XI, 24.—(3) Osee. XI, 3-4.

2. Lo segundo, se ha de ponderar que no dijo: Esto es parte de mi cuerpo ó de mi carne, sino esto es mi cuerpo todo entero y perfecto; porque aunque cualquier partecica de su carne bastara para santificarnos, quiso poner allí su cuerpo entero, su cabeza, ojos, oidos, boca, lengua, pecho, corazon, manos y piés, para significar, que con sus miembros sacratísimos queria santificar todos los miembros del que le recibe y sanar á todo el hombre entero. Con sus ojos quiere santificar los mios, con su corazon el mio y con sus manos las mias; á la manera que el profeta Eliseo para resucitar al niño difunto, se encogió y juntó sus ojos, boca y manos con las del niño (1), y de este modo le dió vida. Y así cuando le recibo, tengo de hablar con él, discurriendo por sus miembros benditísimos, y decirle: Oh dulce Jesus, pues os habeis encogido tanto en este Sacramento para dar vida á mi alma, con vuestros ojos y oidos santificad los mios, para que solamente vean

(1) IV Reg. IV, 34.

y oigan lo que os agrada; con vuestra lengua purificad la mia, para que no hable palabra que os ofenda; con vuestros piés y manos fortaleced los mios, para que no falten en hacer lo que os da gusto. Oh Amado mio, abrid esos vuestros ojos de misericordia, miradme con ellos y alumbrad los mios, para que os conozcan y crean con viva fe. Abrid esos oidos, y oid mis oraciones y gemidos, haciendo que los mios se abran para oir vuestra palabra y obedecer á vuestra santa ley. Abrid esa boca y lengua benditísima, y decidme algo al corazon, con que mi boca se abra para bendeciros, y mi lengua nunca cese de alabaros. Abrid, Dios mio, vuestro pecho y dilatad vuestro corazon y metedme dentro de él, para que todo me encienda y abrase, con el fuego de vuestro amor. Extended vuestras manos, y tocadme con ellas para santificar las mias en las obras que hicieren; por los pasos que dieron vuestros piés santísimos, os suplico que endereceis los mios, para que sean conformes á los vuestros, y todo mi cuerpo sea un vivo retrato de la santidad que tuvo el vuestro.

3. Lo tercero, se ha de ponderar aquella palabra última: *Este es mi cuerpo, que se da ó se entregará por vosotros;* en lo cual se nos da á entender que allí está el cuerpo que habia de ser vendido y entregado á la muerte por nosotros, y que el mismo que se entregaba para ser muerto, se entrega para ser comido, y uno y otro procede de un mismo amor para con nosotros, y así tengo de considerar en este cuerpo santísimo las cinco llagas que recibió en la pasion, que son señales de su muerte y de nuestra vida, y por ellas pedirle que me vivifique y santifique y me entre dentro de ellas, diciéndole:

Oh cuerpo santísimo de mi Salvador, que fuiste en la cruz traspasado con clavos y lanza, recibiendo cinco llagas muy crueles, y ahora estás en el cielo y en este Sacramento con las mismas muy resplandecientes; yo te adoro, alabo y glorifico, y te suplico por esas llagas, que cures las mias y conviertas en hermosura y resplandor con tu gracia la fealdad é ignominia en que yo caí por mi culpa.

PUNTO TERCERO

1. Los apóstoles comulgan de mano de Cristo con reverencia y devocion.—2. Afectos de los apóstoles en aquella primera comunion.

1. Lo tercero consideraré, como Cristo nuestro Señor comulgó á todos los apóstoles, ponderando la reverencia y devocion altísima con que los apóstoles tomaron aquel benditísimo Pan, y le comieron; porque en aquel instante hizo Dios otro milagro de su omnipotencia en los entendimientos y corazones de aquellos rudos pescadores y discípulos imperfectos, ilustrándolos con una lumbre extraordinaria, para que con viva fe certísimamente creyesen, que lo que estaba debajo de aquella cubierta de pan, era el mismo cuerpo de su Maestro, y así con la reverencia y amor que le tenian y con la grande admiracion del nuevo milagro, le recibieron, por una parte temblando de respeto, y por otra gozándose con amor, por meterle dentro de sus entrañas. Oh apóstoles sagrados, suplicad á vuestro Maestro y mio, me dé el santo temor y amor con que comulgasteis, para que le reciba con el provecho que vosotros le recibisteis.

2. Lo segundo ponderaré, la grande dulzura y

afectos maravillosos que sintieron los apóstoles en aquella primera comunion; los cuales sin duda fueron tan excelentes, que por ellos conocieron la excelencia y dignidad infinita de aquel divino manjar, probando por experiencia la diferencia del sabor y gusto de aquel divino Pan, al que poco ántes habian comido. Sólo el desventurado Judas no halló sabor en esta comida, porque comia sin fe, sin atencion ni reverencia alguna. Para sentir más esto, puedo piamente discurrir por los once apóstoles, ponderando el modo como comulgaban. San Pedro avivaria allí la fe, diciendo á lo que estaba encerrado en aquel pan: *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo* (1). Y Cristo nuestro Señor le pudo responder: *Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque no te lo ha revelado carne y sangre, sino mi Padre que está en los cielos* (2). Y cuando Cristo nuestro Señor le diese el Pan consagrado, con esta viva fe llena de reverencia, diria dentro de sí: *Apártate de mí, Señor, porque soy gran pecador* (3), pero por obedecer le tomaria y comeria. En San Juan puedo considerar, cómo avivaria los afectos de amor, viendo que su Maestro, no solamente le pegaba consigo, sino se queria entrar en su propio pecho, y quedó tan absorto y con tanto éxtasis de este excesivo amor, que acabada esta cena mística, se reclinó sobre el pecho de Cristo (4) durmiendo el dulcísimo sueño de la contemplacion. ¡Oh quién pudiera tener tal fe y reverencia como Pedro, y tal amor y caridad como Juan, para recibir como ellos á mi Señor! ¡Oh cuán bien les pagó Cristo el trabajo que

(1) Matth. XVI, 16.—(2) Ibid. 17.
(3) Luc. V, 8.—(4) Ioan. XIII, 25.

tomaron en aparejar la cena del cordero, porque como á más queridos y fervorosos les daria mejorada la racion! Alcanzadme, apóstoles gloriosos, este espíritu con que comulgasteis, para que goce tambien de la dulzura que gustasteis. A este modo puedo discurrir por los demás apóstoles, conforme á la devocion que en cada uno puedo imaginar.

PUNTO CUARTO

Cristo comúlgase á sí mismo para animar á los apóstoles, y para darles ejemplo de la reverencia, modestia y devocion con que habian de comerle.

Lo cuarto consideraré, cómo Cristo nuestro Señor, segun dicen comunmente los santos, tomando un bocado de aquel Pan santísimo, se comulgó á sí mismo (1), para animar á los apóstoles á que le comiesen, y para darles ejemplo de la reverencia, modestia y devocion con que habian de comerle, porque en todo quiso enseñarnos primero con el ejemplo que con el precepto, y con la obra primero que con la palabra; y como quiso ser bautizado, así quiso comulgarse tambien. ¡Oh qué reverencia y devocion tan grande mostraria exteriormente, cuando llegaba aquel bocado á su boca, mirando la divinidad que estaba junta con la carne que allí recibia! ¡Oh qué nuevos júbilos de alegría brotarian en su ánima santísima al tiempo que se comió á sí mismo, por el grande gozo que se le recreció de haber instituido tan admirable Sacramento! Oh dulce Jesus, quién pudiera recibiros con el amor y reverencia que Vos os recibisteis, imitándola en el modo que

(1) D. Th. 3, p. q. 81 a 1.

puede ser imitada. Esta, Dios mio, os ofrezco por la que á mí me falta, y por ella os suplico me deis la mayor parte que me fuere posible, pues toda será muy debida á tan soberana Majestad.

MEDITACION XII

DE LA CONVERSION DEL VINO EN LA SANGRE DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LOS GRANDES TESOROS QUE ESTÁN ENCERRADOS EN ESTA SANGRE

PUNTO PRIMERO

1. Omnipotencia y liberalidad de Cristo en darnos bajo las especies de vino, no una gota, sino toda la sangre de sus venas.—2. Nos da con la sangre su cuerpo santísimo, su alma y divinidad.—3. Cristo da, no la sangre ajena como los reyes de la tierra, sino la propia: *Sanguinis mei.*

Acabada la consagracion y comunion del pan, tomó Cristo nuestro Señor en sus manos un cáliz de vino, y dijo: *Este es cáliz de mi sangre del nuevo testamento, que por vosotros y por muchos será derramada en remision de los pecados* (1). Y en virtud de estas palabras, el vino se convirtió en su preciosa sangre.

1. En lo cual se ha de ponderar primeramente, la infinita caridad, liberalidad y omnipotencia de Cristo nuestro Señor, que resplandece en poner toda su sangre sin dejar una sola gota en el cáliz para nuestro regalo y sustento. Bastara sin duda

(1) Ex Matth. XXVI, 28, et Marc. XIV, 24, et Luc. XXII, 20, et I Cor. XI, 24-25.

para nuestra santificacion, que en el cáliz estuviera tanta cantidad de sangre, cuanta era la del vino, ó una sola gota de sangre; pero no quiere sino que esté allí toda la sangre de sus venas, la que entónces tenia y ahora tiene en su cabeza, corazon y brazos, y en todo su cuerpo, dándonosla toda liberalmente sin dejar nada, mostrando en esto su amor y largueza, y convidándome á mí para que yo tambien le dé toda mi sangre, si fuere menester para su servicio (1).

2. Pero más adelante pasa su caridad y liberalidad, porque no solamente da la sangre, sino la misma vasija preciosísima en que está. Como si un príncipe convidase á beber con un excelente vino en una taza de oro riquísimo, toda sembrada de piedras muy preciosas, y dijese: Toma el vino y tambien la taza; así Cristo nuestro Señor nos da su preciosa sangre y tambien la copa y vaso en que está, que es sus venas, su carne y cuerpo santísimo, con su ánima y su divinidad, para que todo sea bebida y comida nuestra. ¡Oh caridad inmensa! ¡Oh prodigalidad santísima! ¿Cómo no te daré yo, Señor, cuanto tengo, pues tú me das cuanto tienes con modo tan admirable?

3. Tambien tiene grande misterio aquella palabra, *mio*, de la sangre mia, no ajena sino propia. En que nos significa su caridad, bien diferente de la de los reyes de la tierra, los cuales beben la sangre ajena de sus vasallos, y de ella hacen liberalidades, y á costa de ella defienden sus tierras y conquistan las ajenas; pero Cristo nuestro Señor, con su sangre preciosa da de beber á sus vasallos, de ella hace

(1) D. Th. p. q. 78 a 3.

franquezas y liberalidades, y con ella gana tesoros y reinos para ellos. Oh Rey soberano, no tirano, sino padre, y padre amantísimo, que con la sangre de tus venas das la vida y sustento á tus vasallos é hijos, para que todos seamos de tu sangre real, haciéndonos *linaje escogido, real sacerdocio, gente santa* (1). ¡Oh si todo el pueblo cristiano conociese su linaje y sangre, y se preciase de ella bebiendo tus santas y generosas costumbres!

PUNTO SEGUNDO

1. El cáliz de la sangre de Cristo se llama nuevo Testamento, para declararnos la excelencia de éste sobre el antiguo. Las promesas y legados del testamento de Cristo abrazan todos los tesoros de gracia y gloria.—2. La sangre de Cristo es la escritura y prendas de todas estas promesas y legados.—3. Avisos y consejos que Cristo nos dejó en su testamento.

1. Lo segundo, consideraré cómo Cristo nuestro Señor á este cáliz de su sangre llamó su nuevo testamento. Lo primero, para declarar la excelencia del nuevo testamento sobre el viejo, porque éste estribaba en sangre de animales, en cuanto figuraban la sangre de Cristo; pero el nuevo en la misma sangre de Cristo, en la cual está fundado, establecido y confirmado. Y así tengo de ponderar, que Cristo nuestro Señor, esta noche de su pasion hizo su testamento, con muchos legados y promesas de infinito valor, porque abrazan todos los tesoros de gracia y gloria, que tiene Dios para repartir con los

(1) 1 Petr. II, 9.

escogidos. En este testamento nos promete perdon de pecados, y por consiguiente de las penas eternas que merecemos por ellos. Prométenos tambien la gracia y adopcion de hijos de Dios, con la caridad y todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, y la herencia del cielo, que es la eterna bienaventuranza; y que oirá nuestras oraciones, y asistirá con nosotros á nuestros trabajos, y para ayudarnos en nuestras obras.

2. De todas estas promesas y legados, es esta sangre la firmeza, prendas, arras, escritura y carta de privilegio, por la cual hemos de cobrar lo que Cristo nos ganó, y lo que nos prometió y dejó por legado en su testamento; y así el tenerle con nosotros nos ha de ser motivo de grandes afectos de amor, confianza, alegría y seguridad de nuestra salvacion. Y cuando decimos misa, ó la oimos ó comulgamos, hemos de ofrecer esta sangre al Padre Eterno confiadísimamente para alcanzar todo esto, diciéndole: Oh Padre Eterno, la sangre de este cáliz preciosísimo te presento como escritura y señal del testamento de tu Hijo, por el cual me prometió que me darias lo que pidiese, y pues tú eres el testamentario, cumple en mí su testamento, concediéndome lo que te pido.

3. Tambien en este testamento nos dejó Cristo nuestro Señor grandes avisos y consejos, el nuevo mandato del amor de unos con otros, la observancia de sus preceptos, y lo que pertenece á las obras de humildad y paciencia y perfeccion cristiana. Para todo esto vale la sangre que está en este cáliz, y por ella alcanzamos fuerzas para cumplirlo, procurando, como dicen, tener sangre en el ojo y preciarnos de ser siempre valerosos en su servicio.

PUNTO TERCERO

1. Cristo dijo aquellas palabras, *pro vobis effundetur,* para mover á los apóstoles á dolor, compasion, amor y agradecimiento.—2. *Pro multis,* cuanto á la eficacia, aunque por todos cuanto á la suficiencia.—3. *In remissionem peccatorum,* sin poner tasa ni en el número, ni en la gravedad.—4. *Effundetur,* no gota á gota sino á borbollones.

Lo tercero, consideraré lo que Cristo nuestro Señor dijo de su sangre á los apóstoles, que por ellos y por muchos se derramaria en remision de los pecados.

1. Lo primero, dice, será derramada por vosotros, para moverlos á compasion y dolor, y tambien á grande amor y agradecimiento, como quien dice: Mirad que os doy la misma sangre que tengo de derramar con graves dolores, no por mi causa, sino por la vuestra y por vuestro remedio; compadeceos de mí, que la derramo, y amadme, pues tanto os amo. Y como dijo aquella palabra, por vosotros, porque hablaba con muchos, pudiera decir á cada uno: Esta es la sangre que derramo por ti, y así puedo imaginar que me lo dice á mí. Oh amantísimo Redentor, que derramaste tu sangre por mí con tanto dolor, y me la das en este Sacramento con tanto amor; dame gracia para que me compadezca de tus dolores y corresponda á tu amor con grandes servicios.

2. Lo segundo, dice, que será derramada por muchos, esto es, por todos los hombres del mundo, cuanto á la suficiencia; y por muchos, cuanto á la eficacia y fruto que de ella sacarán. Y en este cáliz se pone para todos aquellos por quien se derramó, y hace mencion de esto, para que conozcamos su

liberalidad; pues no hay hombre en el mundo por vil que sea, por quien no haya derramado esta sangre, y á quien no convide con el fruto de ella, aunque sea esclavo y la hez de la tierra. Oh Salvador liberalísimo, pues una gota de vuestra sangre basta para las almas de todo el mundo, aplicad su valor á muchas, para que muchos gocen el fruto de ella. Amen.

3. Lo tercero, dice, que se derramará en remision de los pecados, sin poner tasa alguna, ni en el número, ni en la gravedad; porque no hay número tan crecido de pecados, ni pecado tan grave y abominable, que por esta sangre no se pueda perdonar; hasta los pecados de los sayones y verdugos, que con crueldad endemoniada la derramaron, pudieron ser perdonados por ella, porque por ellos se derramó; y si ellos quisieran, fácilmente alcanzaran perdon. Oh sangre preciosísima del cordero Jesus, en cuya virtud todos podemos lavar y blanquear nuestras estolas (1), limpiando nuestras almas de las manchas de nuestros pecados; lávame, blanquéame, límpiame y hermosea mi alma, quitando de ella las fealdades de la culpa, y poniendo en ella las virtudes de la divina gracia.

4. Tambien se ha de ponderar aquella palabra, *será derramada,* en que nos representa cómo saldrá de su cuerpo, no gota á gota destilándola con escasez, sino á borbollones, derramándola toda por todas las partes de su cuerpo, como se dirá en la meditacion siguiente.

El cuarto punto, puede ser del modo cómo Cristo nuestro Señor y sus apóstoles gustaron de este cáliz, ponderando lo mismo que dijimos del pan.

---

(1) Apoc. VII, 14.